

houores, placeres, todo habrá desaparecido! No quedará mas que las virtudes ó los delitos. . . . Ah! y cuántos he cometido! Y después?—yo tengo por bueno reir y burlarme,—pero entonces vendrá el juicio de ese Dios justo cuya bondad tanto he despreciado! entonces para mí se abrirá el infierno! y en lugar del lecho de plumas en que ahora me encuentro, vendré á tener un lecho de fuego! en vez de una noche de incomodidad, tendré una eternidad sin fin de espantosos suplicios! También se acordó de Liduvina. Ay! pobre de mí, que me atrevo á quejarme cuando ese ángel de virtud no exhala ni una sola queja! Y qué viene á ser mi penitencia comparada con la suya? qué es ésta inmovilidad de algunas horas, y en sana salud, en el más mullido lecho, y en el que con todo sufro tan cruelmente, comparada con la inmovilidad horrorosa y absoluta de tantos años en aquel miserable lecho de paja, en medio de los más atroces tormentos, y cuando todo su cuerpo no es mas que una horrible llaga! Esas reflexiones acabaron de convertirlo, pues al dia siguiente se presentó á un sacerdote, é hizo con él su confesión; desde ese momento cambió de vida y de allí en adelante vivió como penitente y santo.

Así, y en todo tiempo, y de todas maneras y á todo precio, procuraba Liduvina la salvación de las almas, sin cansarse nunca su celo. Entre aquellos crueles dolores cuya actividad nunca se moderaba, consagraba dias enteros á todos esos visitantes que la rodeaban, escuchándolos, respondiendo á sus dudas, prodigándoles sus consejos, advertencias y súplicas; apremiándoles con tanto más amor cuanto eran más miserables y pecadores. "Ah! vos os estais matando, le decian reprendiéndola después de sus audiencias que la extenuaban, y á la verdad que lo haceis por gentes que muchas ve-

ces no valen la pena!—"Qué decís? exclamaba la virgen: pues ¡qué! Jesucristo no ha dado su gloria, su sangre y su vida por el alma del último de los hombres? Y vosotros contais mis pequeñas fatigas, y querriais que nada hiciese por ellos? Oh! dejadme como él y por él amar un poco, y si preciso es, amar sin medida á aquellos á quien él ha amado tanto, porque el verdadero amor, la excelente y divina caridad, es siempre la salvación de los pecadores."

Siuviésemos la fé más viva, comprendiéramos mejor que hay un inmenso mérito en convertir un pecador, en preservar una alma de un pecado mortal, ó aunque no fuese mas que de un pecado venial, y tendríamos con esto más celo del bien de las almas!

CAPITULO XIII.

LA EUCARISTÍA.

La fuente de todo amor.—Un nuevo Cura.—Hállase mal preparado.—He dicho nó y nó será.—No mas comunión.—Ah! si yo tuviera la llave del tabernáculo.—La campana.—El santo Vítico.—Siempre inflexible!

SIN duda se habrá comprendido, que el amor ardiente de Liduvina para con los pobres y para con los pecadores, tenía su principio en otro amor más santo y más elevado: era el brillo del amor mismo de Dios, de este amor supremo, infinito, centro y foco, fuera del

eual no quedan mas que los fríos cálculos del egoismo y del orgullo, y á cuyos ardores vienen á encenderse todas las virtudes y á abrasarse todas las abnegaciones como á los rayos del sol se encienden y se abrasan todos los hermosos astros que resplandecen en la bóveda del cielo.

Liduvina amaba á los pobres y á los pecadores, y los amaba hasta acudir en su ayuda desde el centro mismo de su agonía: porque ya sea en los pobres ó en los pecadores era á Dios mismo á quien veía, es decir, porque amaba á Dios en todo, y por todas partes, y siempre y con todas las potencias de su alma.

Tal amor no queremos ni podemos circunscribirlo á los estrechos límites de un capítulo, pues que el conjunto de las virtudes de nuestra virgen y su vida entera, forman la demostración y componen la historia magnífica de este inmenso amor en que ardía por Dios ese corazón.

Hay en la adorable economía de nuestra religión un dogma que de un sólo rasgo nos dá la medida al mismo tiempo que la razón de nuestro amor para con Dios y del amor de nuestro Dios para con nosotros, y esta es la divina Eucaristía! Amad á la Eucaristía y ya tendreis el amor. Y cuanto más verdadera y ardentemente ameís la Eucaristía, tanto mas tendreis el amor elevado á su mas alta potencia de fecundidad y de abnegación. Ni podría ser de otro modo, pues cómo no amar hasta el heroísmo de la abnegación, cuando comprendemos bien que llevamos en nosotros á Dios mismo real y substancialmente, al Dios santo y tan bueno que nos ama hasta acomodarse y unirse con nuestra miseria identificándonos consigo? De qué no serémos capaces cuando sentimos latir nuestro corazón embriagado con las inspiraciones de la Divini-

dad en él presente? Qué podrá ya costarnos la paciencia ó la bondad, el perdón, la abnegación, cuando hemos comulgado con la Paciencia y el Perdón, cuando no somos mas que uno mismo con la Abnegación y con la Santidad, es decir con Dios?

Así comprendía Liduvina la Eucaristía, y por este uso inteligente, que es el único verdadero, de la divina Eucaristía, se elevaba á tanta perfección, ó lo que es lo mismo, á tan encendido amor de Dios. Fijemos pues, por un momento nuestras miradas en su tierna devoción hácia este Sacramento del amor infinito para medir el amor que á Dios tenía.

Desde el principio de su enfermedad, y por razón de las preocupaciones á las que la hemos visto sujeta, Liduvina comulgaba raras veces; mas cuando sus sufrimientos fueron aumentando, cuando en el fuego de la meditación se encendió en su alma el amor de la pasión del Salvador, comenzó á amar más al Santísimo Sacramento, establecido para perpetuar su memoria. Entonces pidió y obtuvo el favor de comulgar con mas frecuencia por lo menos en las fiestas principales. Muy pronto la comunión le pareció tan dulce, y encontró en ella tan arrobadoras delicias, que la dilación de algunos dias, y aun de uno sólo parecia muchos años.

Mas la santa debía ser duramente probada en esto como en todo, y vamos ya llegando á una época de su vida en que pasaron algunos hechos que reasumen mejor que cuanto podríamos decir, el estado de su alma con respecto á la divina Eucaristía.

Ya hemos notado que Liduvina sólo había encontrado hasta entonces sacerdotes animados de ese espíritu de Dios, que caracteriza á los santos ministros, siempre había encontrado en ellos el celo, la ciencia, la piedad,

y la dulce bondad de corazón que hacen tan eficaz su consolador ministerio; mas en la época de que hablamos, vino á Squidam un nuevo Cura, que trajo consigo un cambio completo. Era un hombre rudo y severo, de un celo brusco, poco ilustrado, y sobre todo, de una desoladora sequedad de corazón. Además, llegaba á Squidam mal preparado para con Liduvina, pues no creía en su estado sobrenatural, y en sus primeras visitas aunque vió aquellos extraños dolores y la inimitable paciencia de la virgen, nada le conmovió; pues las penas, la paciencia y la total abstinencia de alimentos, no eran á sus ojos mas que hipocresía que tenía por fin engañar, una comedia mas ó menos hábilmente representada que se prometía desenlazar algún dia.

En verdad aquel nuevo Cura, parecía traído allí expresamente para contristar á la santa, y pronto veremos cómo era providencialmente enviado para hacer resaltar mas que nadie, por su incredulidad sospechosa, la autenticidad del estado sobrenatural y prodigioso de la piadosa crucificada.

Liduvina no tardó en pedir humildemente á su nuevo Cura el permiso de continuar sus comuniones según su piadosa costumbre; pero él se la negó secamente. Creyendo la santa que sería sólo una prueba, volviólo á pedir con instancia, pero sólo obtuvo la misma negativa. Entre tanto las fiestas sucedían unas á otras y siempre nada de comunión. Desolada la santa ensayó por tercera vez interesar al Cura. Todavía, exclamó este con terrible voz: Qué significa esta extraña devoción que quiere comulgar mas veces que todo el mundo? Pues bien! lo entendeis? Ya he dicho que nó, y nó será! La pobre joven nada replicó. En ella entonces cumpliase la palabra del profeta:

«Los niños han pedido pan y no hay quien se los parta!»

La tristeza de Liduvina fué inmensa, y estaba inconsolable, pues de dia en dia como que se irritaba mas el hambre divina que la devoraba. Una vez sucedió que el durísimo pastor entrando en su casa la encontró bañada en lágrimas. «Por qué son esas lágrimas? le preguntó.— Ah! Padre mio, respondió la dulce virgen, si yo tuviese en mis manos la llave del tabernáculo como vos la teneis en las vuestras, y si yo os viese oprimido por el hambre como yo lo estoy, oh! nó, yo no os negaría el pan de vida como vos me lo estais negando. Oh, muy amado Padre de mi alma, tened compasión de vuestra desgraciada hija! Ya que no soy mas que una horrible llaga, dadme á Aquel que consuela, ya que no puedo comer el pan material, dadme el pan eterno que vivifica los corazones. Si aun los gusanos encuentran en mi cuerpo su alimento, dad el suyo á este pobre gusano! Ah! mi alimento, mi dicha y mi vida es Jesucristo; tengo hambre de Jesucristo; no me puedo pasar sin él. Oh pastor mio, Padre mio, dadme á Jesucristo!» Una roca se hubiera ablandado con esas palabras, pero aquel corazón de bronce no se ablandó; como antes, la santa quedó condenada al suplicio que le arrancaba un grito tan desgarrador. ¿Y quién podría decir las angustias de su amoroso martirio? angustias que cada solemnidad y cada fiesta que iba pasando hacía mas punzantes, pues hasta la campana de la iglesia parroquial parece tenía la misión de renovar sus tormentos. Oh, cuando esta campana, cada dia, en el solemne instante de la consagración, anunciaba con sus voces á la multitud esparcida por las calles ó en los campos, que una vez mas Dios había descendido á la tierra y habitaba entre los hom-

bres, se veía el rostro de Liduvina inflamado, y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, latía su corazón con tal violencia, que parecía querer volar hácia su amado! Cuando llevaban el sagrado Viático á algún moribundo, la campanilla que resonaba en la calle como diciendo á cada uno; "arrodillaos! que Dios pasa ante vosotros!" esta voz de la campanilla le decía á Liduvina: "El bien amado de tu corazón, el que es tu vida, está allí, casi á tu puerta, allí está muy cerca de tí! Oh! entonces sufría la santa como el hambriento á quien se dejase ver el pan sin permitirle llevarlo á sus labios! mas de una vez en esas ocasiones creyeron que iba á espirar de dolor.

Mas á lo menos, á falta de la comunión sacramental, Liduvina aplacaba tanto cuanto podía su piadosa hambre por la comunión espiritual, y sabía encontrar á su Jesús por un incesante recuerdo y por sus ardientes deseos, mirábale por decirlo así con su fé, hablábale como si hubiese estado presente: uníase íntimamente con él, no queriendo tener mas que una voluntad, un sólo corazón y una sola vida. Cuán dichosa era también cuando se acercaba á ella alguna persona que acababa de recibir al Salvador en su alma! Los sacerdotes sobre todo, exitaban su piadosa envidia: Ofrecer todos los dias el divino sacrificio, y comulgar todos los dias, era para ella una dicha incomparable. "Dios mio! decía muchas veces: dadme alguna parte en los méritos de los sacerdotes que celebran el dia de hoy, bien sea aquí en Squidam ó en todos los altares del mundo! Muchas veces aun para dar otra dirección á su piedad, hablaba á los que la rodeaban de Aquel á quien tanto amaba: "Ah! cuán dichosos sois, les decía, los que asistís á la santa misa, porque asistís á la misma pasión del Salvador! La iglesia, el altar son el

Calvario, mas la hostia es Jesucristo mismo que de nuevo allí se inmola. Entonces ábrese el cielo, los ángeles descienden y póstranse en profunda adoración, vosotros que estais allí qué debéis sentir? Y cuando comulgais. . . . Ah! recibir á Aquel que fortifica la debilidad, que glorifica el arrepentimiento y diviniza la virtud, recibir al divino Hijo de la Virgen purísima, al Rey de los reyes, al Santo de los santos que nos asimila á sí! he aquí la suprema felicidad, he aquí ya el cielo sobre la tierra! De cuanta dicha, piedad y amor no debéis entonces sentirnos embriagados?

Entre tanto Liduvina no renunciaba á la esperanza de mover algún dia á su pastor. Al acercarse una gran solemnidad quiso hacer una nueva tentativa para conseguir la comunión, pero siempre no se le concedió. Entonces procuró la intervención de algunos amigos y personas que poseían el afecto del Cura; pero todo fué en vano. La santa volvióse entonces á Dios, y pidióle con lágrimas su ayuda, pero parecía que Dios mismo no escuchaba su oración; el Cura se mostró mas que nunca inflexible, y el tabernáculo no llegó á abrirse para la pobre crucificada. En su abandono cada dia y muchas veces oíasele exclamar con lamentable acento: "Ah! quién pues, me dará el pan de la verdadera vida? Ahora que mi padre me ha abandonado, quién pues sostendrá mi alma que cae en languidez? A mí, pobre abandonada ¿quién volverá la dulce presencia de mi dulce Jesús lejos del cual no puedo vivir?

Quien tiene verdadera piedad, padece, pero no se queja, y ama siempre al Señor en medio de sus penas!

CAPITULO XIV.

LA EUCARISTÍA. (CONTINUACIÓN.)

Medios que el Cura de Squidam imagina para descubrir lo que llama superchería.—Liduvina hace una nueva tentativa.—Dánle una hostia sin consagrar.—Su ángel le anuncia que vá á ser consolada.—Jesucristo le aparece.—El Salvador en la cruz.—Los estigmas.—El viejo Pedro escucha á la puerta.—La Hostia milagrosa.—Qué me queréis?—Perplejidad y comunión.—Cruel alocución á la puerta de Liduvina.—Un tumulto.—El Obispo llega.—Terrores del Cura.—La virgen toma generosamente su defensa.

Así se pasaron muchos meses tristemente con la lentitud de los siglos en medio de las lágrimas de la mas amarga tristeza.

Por su parte el Cura, lejos de ablandarse, no sólo se hacía mas y mas intratable, sino que andaba revolviendo en la mente siniestros pensamientos.

Ya hemos dicho que no creía en el estado sobrenatural de Liduvina, pues aquella cruz, aquellas enfermedades, y sobre todo, su extraña resignación, su abstinencia absoluta de alimentos, prodigios tan evidentes, todo ello no era á sus ojos mas que una superchería, y hacía tiempo se andaba devanando los sesos para encontrar en fin un medio de confundirla.

Un dia pues, vínole una idea luminosa. "Esta joven, se dijo, ha tomado por base de su impostura la abstinencia total de alimentos; á crearla, todo alimento por ligero que sea, le es absolutamente imposible, y para añadir á la mentira el prestigio de lo maravi-

lloso, dicen y repiten en todas partes que la santa Hostia es lo único que su estómago puede aceptar.... Mas si yo le diese por comunión una hostia sin consagrar.... Ah! sí, esto es! la prueba sería infalible.... Sí, esperemos la primera ocasión y esta vez abriremos bien los ojos. El Cura creyó haber tenido en eso una inspiración. Y lo era en verdad, mas una inspiración de Satanás que se valía de su ignorancia y de sus prevenciones apasionadas para llevarle á un mal, porque dar en comunión una hostia no consagrada, es hacer adorar como Dios un simple bocado de pan, lo cual es una horrible idolatría! El pobre cura no reflexionaba esto, pues en el entretanto Dios quiso fortificar á su sierva contra semejante prueba, y un ángel le apareció á Liduvina diciéndole: Hermana mia, vé aquí que una nueva tempestad truena sobre tu cabeza, pues bajo pretexto de comunión tu pastor te vá á contristar todavía mas, pero no tengas temor, que Dios proteje la verdad y su Majestad está contigo!

En el interín llegó la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, en el ocho de Septiembre, lo que era una fuerte tentación para la piadosa enferma. Como otras muchas veces, envió á suplicar á su pastor que le concediese en ese hermoso dia la dicha de recibir á Jesucristo. El Cura no esperaba precisamente mas que una ocasión semejante, aparentó que no quería concederlo; pero después condescendió: fué á confesar á la santa, volvió á la iglesia y tomó allí una hostia sin consagrar, llevándola con gran solemnidad! Ay de mí! todo ese pueblo que se prosterna y lo sigue, hace sin saberlo un acto de idolatría, gracias á aquel hombre ignorante, ó tristemente apasionado. Entre tanto, Liduvina esperaba con gran recogimiento y con la inmensa alegría de su alma: por fin vá á poseer á

su Dios! . . . El Cura llega, presenta la hostia que la virgen recibe en su lengua . . . mas repentinamente su rostro palidece, sus miembros se contraen, y sobreviene un vómito en el que aquella hostia es violentamente arrojada!

Entonces vióse al desgraciado sacerdote vacilar y palidecer. ¿Era el conocimiento de su falta, ó una viva emoción ante esta prueba convincente del estado sobrenatural de la santa enferma? ó bien no era mas que el simple horror de ver su culpable estratagemata descubierta? Lo cierto es que su turbación no duró mucho, pues reflexionando y acabando por recobrar toda su audacia exclamó: Miserable mujer! cómo os atreveis á arrojar por tierra el cuerpo del Señor?—Su cuerpo, decís? respondió vivamente la santa: nó Padre mio, nó, nó, no es el Cuerpo del Señor mi Dios lo que acabo de arrojar, este es pan, y puro pan, ya os lo digo! Ah! el divino Cuerpo de mi Señor Jesucristo bien lo conozco, jamás me he engañado; porque lo recibo sin dificultad y con delicia, mas el pan material de que se alimentan los hombres me es imposible tomarlo, pues trastorna todo mi ser, y vé aquí por qué ese vil pan que me habeis dado, cuando yo os pedía á mi Salvador y mi Dios, de grado ó por fuerza he tenido que arrojarlo! El indigno pastor se alejó, si nó cambiando, por lo menos confundido.

Mas imposible es decir la inmensa impresión de dolor que causó á Liduvina el cruel expediente del Cura de Squidam; luego que estuvo sola su corazón se desahogó, sus lágrimas corrieron á torrentes con indelible desolación, la cual duró muchos dias. Eso de haber creído tocar ya la dicha! haber esperado tener á su Jesús tan amado! y en lugar de esta celestial felicidad no haber encontrado mas que una atroz decep-

ción . . . mucho era para un corazón como el suyo! Y además esta esperanza misma que había visto brillar, esta alegría que había comenzado á gustar y que la había quebrantado tan cruelmente, esta especie de burla sangrienta, todo ello no había hecho mas que irritar de un modo extraordinario, la divina hambre de su alma, "Ah! decía, yo deseaba á mi Jesús! le esperaba como tan bueno! Yo lo quiero! me hace falta! no puedo vivir sin él! Qué desgraciada soy! Estar reducida á no poder ya esperarle, á hacerme aun un deber de no volver á pedirlo, por no exponerlo á algún nuevo ultraje!"

Tres meses se pasaron desde el dia de la Natividad en este lamentable estado; y por otra parte el incorregible Cura no había vuelto á la casa. Llegó el ocho de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de Maria, fiesta mas amada de Liduvina, otro hermosísimo dia! mas viólo llegar y no vió venir á su Jesús preciso era resignarse! Mas oh y cómo lloró! cuánto sintió reanimarse todas sus divinas tristezas! No obstante, en ese mismo dia de la Inmaculada Concepcion, sus oraciones debían ser escuchadas, y Dios en su bondad había resuelto favorecerla con sobreabundantes consuelos.

En efecto, en ese mismo dia, cuando la santa estaba como anegada en lágrimas, el ángel que había visto antes de la Natividad, vino á verla resplandeciente de luz. "Hermana mia, Liduvina, le dijo el celestial enviado, deja ahora de llorar, pues mira que vas á ser indemnizada de las tristezas que te ha causado tu pastor. Traigo la misión de anunciarte que el Amado de tu alma vá á mostrarse á tí, tú lo verás con tus ojos, y con su divina mano curará las llagas de tu corazón." El ángel volvió á los cielos y Liduvina quedó

sola, deslumbrada, y rebozando de reconocimiento y alegría.

Entre tanto, pasado aquel primer transporte, Liduvina se acordó de su Cura y tomó el partido de enviarle á buscar, pues tenía necesidad de decir todo; pensaba que convenía que fuese advertido con anticipación. La aparición del ángel, sus dulces palabras, su promesa, todo se lo refirió, pues no quería que pudiese atribuir mas tarde á alguna engañosa ilusión el prodigioso favor que esperaba. Vana precaución! El Cura se burló de todo y Liduvina no obtuvo otra respuesta que grandes risas y no pequeñas burlas!

Llegó la tarde y la virgen acababa de enviar consolada á una pobre madre que había venido á suplicarle que orase por la curación de su hijo. Sola ya y libre la santa, había continuado según su costumbre sus ejercicios de piedad, y su oración. . . . Repentinamente, y como hacía las ocho, llenóse su aposento de una prodiosa claridad, al grado que en lo exterior creyeron era un incendio; y los hermanos, los parientes y los vecinos acudieron precipitadamente á apagarlo. «Estad tranquilos, les dijo la santa, ya veis como no hay aquí incendio ninguno ni peligro de que lo haya, bien podeis retiraros sin temor; dejadme sola os suplico y cerradme la puerta.» Todos se retiraron, mas el prodigio los había llenado de santo horror. Algunos instantes mas tarde, y siempre en medio de esta luz que brillaba en su aposento y lo alumbraba como si fuera el sol, la virgen vió á su buen ángel deslumbrante de esplendor aproximarse á ella, tocarla ligeramente y volverle así á su cuerpo por un instante su integridad natural. Después vinieron muchos ángeles, cada uno de los cuales traía en sus manos uno de los instrumentos de la pasión de Jesucristo, este traía la

cruz, aquel los clavos, otro los martillos, la lanza, la corona de espinas, los azotes. . . . y cada uno de ellos al llegar se iban poniendo en orden al derredor de su lecho; vió también á la augusta Madre del Salvador, que se acercaba radiante, coronada de suave majestad, rodeada de un glorioso acompañamiento de escogidos. Bien pronto el Salvador mismo, el Amado de su alma apareció también bajo la figura de un adorable niño. ¡Y cuán hermoso era! La santa lo veía cómo se le venía acercando, en seguida allí sentarse en su lecho, y mirarla con aire tan adorablemente bueno, y tan divinamente dulce, que sentía derretirse de dicha y de amor su corazón. Y he aquí que en un instante después el divino Niño se levantó y extendió los brazos en forma de cruz. . . . Repentinamente se había hecho un hombre; más qué cambio se había operado en El! Su rostro estaba pálido, lívido, manchado de sangre, llevaba en su frente una corona de espinas sangrientas: en sus manos y en sus pies se veían las heridas de los clavos; una ancha herida se abría sangrienta en su divino Corazón. Liduvina miraba y remiraba, su alma pasaba de la alegría á la desolación, sentíase muy dichosa al ver á su Bien amado! mas tenía el corazón dolorosamente affligido viéndole en un estado tan lamentable, y mientras este espectáculo la absorbía, miraba como rayos luminosos que se escapaban de todas las Llagas del Salvador, é iban imprimiéndose en su propia carne los estigmas sagrados. «Ah! mi amado Señor, qué es lo que haceis? exclamó inmediatamente la humilde virgen alarmada. Qué! vos grabais en mi carne la impresión de vuestras adorables Llagas! Nó, nó! retiradme un favor de que no soy digna, un honor que me expondría á los peligrosos aplausos de los hombres! Borrada, Jesús mio, esos glo-

riosos estigmas; no me dejéis más que su dolor, ó á lo menos, oh Esposo mio! hacedlas invisibles para que no me queden mas que como un secreto de amor entre vos y yo!" Y esta humilde oración al punto fué escuchada; porque al instante una nueva y ligera piel cubrió las maravillosas llagas, aunque el dolor que comenzó á sentir no desapareció jamás.

Terminado este prodigio, la Inmaculada Virgen María se llegó á los ángeles, y por turno de las manos de cada uno iba tomando con respeto los instrumentos sagrados de la pasión de su Hijo, y los ofrecía á la veneración de la nueva estigmatizada. Los clavos, los martillos, la corona, la lanza, y todos los divinos instrumentos de salud, le fueron así presentados á sus labios. Qué ósculos tan ardientes imprimía en ellos Liduvina! Su alma ardía en un fuego divino, su corazón sobreabundaba de felicidad, y bien pronto, no pudiendo contener sus transportes, como que hicieron explosión. "Gracias, Señor! exclamó en alta voz, oh! millones y millones de veces gracias. mi bueno y dulce Maestro, que así visitais á vuestra pobre esclava!

Su padre anciano que estaba acostado en el aposento inmediato, oyó esas palabras sin comprenderlas, y se sorprendió. ¿A quién podía su hija hablar de esa manera? Violentamente se levantó, y sin hacer ruido se acercó á la puerta del aposento; y en ese mismo instante el divino Crucificado, elevándose iba á desaparecer. Señor! Señor! exclamó Liduvina desolada, si sois vos Aquel en quien yo creo, no os vayais sin dejarme alguna señal que me pruebe infaliblemente que vos sois mi Dios. Al instante detúvose Jesús y tomó una nueva forma: era una Hostia radiante que contemplaba Liduvina, y que por un instante estuvo suspendida en los aires, mas un blanco mantel se puso

suavemente en su lecho, y la Hostia vino á colocarse en él.

Entre tanto, el anciano Pedro que escuchaba á la puerta, siempre sin comprender nada, mas lleno de inquietud; decidióse á entrar en el aposento de su hija, sentándose según su costumbre en la orilla del lecho, preguntóla si tenía necesidad de algún servicio. "Ah! qué hacéis mi buen padre, dijo la virgen interrumpiéndole: levantaos, levantaos pronto, tomad una postura mas respetuosa: mirad que tengo cerca de mí al Señor Jesús crucificado!" A estas palabras Pedro se levanta prontamente y mira en el lecho una magnífica Hostia. Admirado y fuera de sí, al punto sale, corre, llama á sus hijos, é informa á los vecinos que llenan luego el aposento; el estupor es general.

Todos miraban aquella Hostia; todos, como después dieron testimonio delante de los magistrados bajo la fé del más temible juramento, con la mano sobre el Crucifijo y sobre el Evangelio, todos veían uniformemente los rasgos principales que caracterizaban esta Hostia. Mas grande que la Hostia con la que comulgan los fieles, pero un poco mas pequeña que la de los Sacerdotes, era redonda y resplandecía en su circunferencia, con una aureola de luz. Sobre todo, en medio de esta Hostia, todos miraban un niño crucificado, cuyas heridas parecía que derramaban sangre, y una gota de sangre bastante extensa ocultaba la llaga del costado derecho. ¡Qué espectáculo tan conmovedor! Los asistentes, enternecidos, lloraban y glorificaban á Dios en voz alta; mas Liduvina sobre todo, henchida de felicidad les hacia temer que la violencia de los latidos de su corazón terminase su vida.

Con todo, el sentimiento mismo de su dicha le trajo el recuerdo de su Cura. "Aunque quiera burlarse,

pensaba la santa, un prodigio tan evidente haría cesar sus prevenciones; y se resolvió á enviarle un recado. Como siempre, el Cura trató de delirios y de sueños cuanto le dijeron, mas á pesar de ello se dirigió á la casa de la enferma. "Qué significa, le dijo, esta idea de hacerme correr así por la noche? Vamos, qué me quereis?—Mas, Padre mio, respondió Liduvina: ¿no veis el milagro que se ha verificado aquí? esta luz, esta Hostia.... Yo veo.... respondió el Cura, lo oís? no veo aquí mas que una impostura del demonio, y no otra cosa.—"Nó, nó, Padre mio, dijo la santa, nó, esto no es del demonio, y os suplico que no habéis de esta suerte. No es el demonio el que veis en esta Hostia, sino el verdadero Dios, y mi Dios y el vuestro, el que nos ha creado á vos y á mí, así como ha creado la tierra y los cielos, oh! miradle." El Cura vió la Hostia con mas atención, y evidentemente este examen le impresionó, pues á pesar suyo, y como todos, veía allí un cuerpo admirable, las heridas, la sangre..... Al fin pareció vacilar; mas volviendo á tomar repentinamente su firmeza ó fingiendo una audacia que no tenía, ordenó á los asistentes que saliesen en el acto del aposento, y cerró cuidadosamente la puerta hasta que sólo con Liduvina se puso á atormentarla en todos sentidos para hacerle prometer un silencio absoluto acerca de este acontecimiento, y llegó hasta conjurarla para ello con el temible juicio de Dios vivo.

Después le preguntó qué pretendía hacer de esta Hostia, cuya pregunta sorprendió mucho á la santa, que vaciló en responder. "Si yo se la suelto, díjose á sí misma, capaz es en su incredulidad de profanarla, mas si la guardo.... Ah! ya veo lo que debo hacer, comulgaré con ella! Sí, mi Señor y mi Dios, vos sabéis mis deseos y mis angustias, y cuán necesario sois

á la vida de mi alma. Pues bien! yo os tengo hoy cerca de mí, vos estais en mi poder, y vos vendreis á mí! Rogaré á mi pastor que os dé á mi amor, y si es necesario yo misma os tomaré y os ocultaré en mi corazón!—Padre mio, dijo al Cura que la maltrataba ya impaciente por su silencio: yo deseo comulgar con esta Hostia.—Qué! ¿quereis pues que yo os dé al demonio? Nó, este no es el demonio; es mi Dios lo que os pido en esta Hostia.—Mas en fin, si es la comunión lo que quereis, iré á la iglesia á tomar una Hostia consagrada, y en cuanto á esta, como yo no sé ni lo que es ni de donde viene, no creo que debais recibirla." La virgen hizo tanta instancia, que al fin se la ministró, y jamás ninguna comunión le trajo mas arrobadoras consolaciones ni mas embriagadoras delicias.

La mañana siguiente tuvo lugar otro incidente; el Cura había concluido con temer que este acontecimiento causase algún rumor en Squidam, y para ponerse á cubierto imaginó explicarlo á su manera. "Hermanos míos, dijo después de la Misa al pueblo reunido en la iglesia: tengo que haceros una penosa comunicación acerca de Liduvina la hija de Pedro. Esta noche la pobre joven, debilitada en sus facultades por una larga enfermedad, ha sido víctima de una peligrosa ilusión del demonio: y yo debo pedir para ella vuestras fervorosas oraciones á fin de que Dios la sostenga en la fé. Digamos pues por esta intención un Padre nuestro y una Ave María."

Después de esto abre el tabernáculo, toma el santo copón y se dirige á la casa de Liduvina, seguido de todo ese pueblo cuya curiosidad acaba de despertar tan torpemente; mas llegando á la casa se detiene, y dirigiéndose á la multitud que se había amontonado: "Hermanos míos, les dijo con fuerte voz, es necesario

que sepais que Satanás ha penetrado esta noche en esta casa, en este mismo aposento en donde descansa Liduvina, y que para sorprenderla y engañarla la ha dejado una hostia falsa, una hostia sin consagrar, que no era ni podía ser el verdadero Dios, pues aseguro y estoy pronto á dar testimonio jurídico, de que no era mas que una infernal impostura. Y si vosotros oís hablar de lo que ha pasado aquí la última noche, ya lo sabeis ahora; es el tentador que muchas veces se transforma en ángel de luz y á él sólo conviene atribuir esta obra de mentira. Yo no he venido aquí mas que para fortalecer á nuestra pobre enferma contra esta fatal ilusión. A lo menos esta vez, la Hostia que tengo en mis manos, es una Hostia santa y divina, realmente consagrada por el sacerdote á nombre de Jesucristo, es Jesucristo mismo! Orad, pues, hermanos míos y orad todos, á fin de que ella la reciba para su salvación.» Dicho esto entró en la casa.

Liduvina todo lo había escuchado, el alma menos sensible se hubiera trastornado: ¿qué hubiera hecho una paciencia vulgar ante una tan humillante y cruel alocución? Mas nuestra virgen imitaba con su corazón á Aquel que fué presa de tan sangrientos ultrajes en el palacio de Caifás. Como Jesús, permaneció pues inquebrantable en su heroica dulzura. Solamente, como El también, porque se trataba de la verdad, creyó que debía hablar para tributarle homenaje. "Padre mio, dijo al pastor, permitidme afirmar que lo que acabais de decir no es exacto. Ah! vos sabeis bien, que lo que ha pasado en esta noche, no es cosa del demonio y aun yo os había advertido con anticipación, que Dios por medio de un ángel me había anunciado este favor. Vos habeis visto que todo en esta admirable Hostia era verdaderamente divino. Por otra parte, Padre mio, de-

eid vos que sois el depositario de todos los secretos de mi conciencia! decidlo luego, ¿soy yo pues, la hija de Satanás? Habeis encontrado en mí el sello de su imperio? Cómo calificar vuestra conducta para conmigo? Y quiera mi dulce Maestro, como se lo suplico, no imputároslo á pecado.» Mas nada debía conmover al ciego pastor. "Véamos, gritó con un tono de voz casi terrible; quereis ó nó, recibir el Cuerpo del Señor que aquí os he traído? y le dió la comunión y se volvió á la Iglesia seguido de los que habían oido su extraña alocución, y que estando fuera no habían oido la protesta de Liduvina. Así, por un momento al menos, la mentira triunfó entre el pueblo, mas este triunfo no fué de larga duración, pues excitada por las imprudentes palabras del Cura, la multitud pasó á las informaciones. La respuesta de Liduvina que algunas personas habían oido, pasó de boca en boca, los testigos del milagro, por su parte, contaron lo que habían visto. La aparición, sus caracteres, con los menores detalles, y también la conducta del Cura en este negocio. Bien pronto la ciudad entera lo supo todo; acordándose de las injustas prevenciones del Cura, de sus negativas y su dureza para con la virgen. Como siempre sucede, mezclóse en esto la exageración y circulaban rumores de odiosas profanaciones. Muy pronto creció un rumor inmenso; el pueblo juntóse en las calles: formáronse grupos, y ya la indignación tronaba sordamente; unos instantes mas tarde, gracias á ciertas palabras del pastor, ya era una tempestad, y una sublevación universal. Todo aquel pueblo, como un torrente henchido de amenazas se precipitó hacia el presbiterio. El desgraciado Cura apenas tuvo tiempo de entrar en la Iglesia, en donde las leyes de entónces y la religión le aseguraban un refugio inviolable.

Entre tanto los magistrados de Squidam, habían venido, y espantados del movimiento popular entraron en la iglesia. "Declaradnos, dijeron al pastor, la verdad entera, á fin de que podamos calmar la indignación del pueblo contra vos."—La verdad? respondió el Cura, ya la he dicho esta mañana cuando les he advertido que lo que había sucedido á Liduvina la noche precedente, no era mas que un lazo del demonio.—Mas entonces, por qué no habeis conservado esa hostia cualquiera que fuese? ella sería en vuestras manos un medio de justificaros; qué la habeis hecho? ¿la teneis aún? Por qué habeis conjurado á Liduvina amenazándola con el juicio de Dios para que calláse todo el suceso? El Cura se obstinó en no responder nada, y los sacerdotes y magistrados se retiraron.

El tumulto se hacía más y más horroroso, la cólera del pueblo más y más amenazadora, y fué preciso volver cerca del Cura. "A lo menos, le dijeron los magistrados, desengañad con un simple mentís, al pueblo que os acusa de profanación."—Yó, respondió el Cura, y aun cuando hubiese arrojado esa hostia al fuego ó en una cloaca, ¿qué crimen habría cometido? No debo yo impedir á ese pueblo ignorante entregarse á la idolatría? A esta respuesta transmitida á la multitud, sucedió una terrible explosión. Los magistrados espantados se apresuraron á entrar en la iglesia. "Guardaos, dijeron al sacerdote, de alejaros de este lugar, porque no responderíamos de vuestra cabeza: la ciudad entera está sublevada, el pueblo se halla en una violenta exasperación. Al hecho os opone testigos del milagro y testigos numerosos y dignos de fé, vos ¿qué les oponéis?"

Persuadidos los sacerdotes y los magistrados que sólo el Obispo podría traer la paz á la ciudad, le enviaron á suplicar que viniese lo más pronto posible.

El Obispo vino inmediatamente, llegando á Squidam acompañado de sus Vicarios y de los jueces de su oficialidad. Bien podemos figurarnos el temor del Cura al saber esta noticia! Creyóse desde luego perdido. Qué podría hacer? A quién recurrir? Sólo una persona le parecía capaz de salvarle, y esta era la misma Liduvina: mas ¿cómo se atrevería á suplicárselo? Entre tanto el peligro urgía, y era necesario tomar una resolución. A todo riesgo, se decidió en su perplejidad á enviar á la virgen un amigo reservado. "Liduvina, decíala el Cura; bien conozco todas mis injusticias para con vos, pues me he portado como un insensato; mas vuestra caridad me tranquiliza, pues habeis sido para mí tan dulce y misericordiosa aun cuando os ofendía, que no puedo desesperar de vuestra caritativa asistencia en el peligro en que me encuentro; y os suplico, pues, que no me hagais cargos delante de mis jueces: endulzad al contrario cuanto pudiéreis las acusaciones hechas contra mí, y acordaos de que sólo de vuestra clemencia espero mi salvación." Ni necesidad hay de decirlo: Liduvina no vaciló ni un instante: con su amor tan verdadero del divino Crucificado, de ese Salvador que desde la cruz pedía gracia para sus verdugos, prometió de todo corazón, hacer por el Cura cuanto le permitiesen su conciencia y el honor del Señor.

Muy pronto llegaron á la casa de Liduvina el Obispo y sus dignatarios, á quienes seguía el Cura lleno de confusión. Ante todo se hizo según las reglas canónicas, la más minuciosa información acerca del milagro de la Hostia, y esta información recogió en su favor las pruebas más convincentes y los más importantes testimonios. En seguida el Prelado procedió al examen de la conducta del Cura. Todos los testigos

fueron oídos; mas cuando le llegó á Liduvina el turno de hablar, pidió que hiciesen salir á los seculares, ya por respeto á la dignidad del sacerdocio, ya por temor del escándalo en los fieles. Luego que todos salieron, la santa llorando de dolor al recuerdo de lo que habia pasado, dijo al Obispo: "Monseñor, antes de responder á vuestras preguntas tengo que pedir dos gracias.—¿Cuáles son, hija mia? respondió el Prelado con paternal bondad, podeis contar con mis más favorables disposiciones.—Pues bien, Monseñor; en primer lugar, os pido libertad para poder hablar: porque mi pastor me ha ligado con una orden á nombre de Dios vivo, la cual no creo poder infringir sin la intervención de vuestra autoridad superior; además, suplico humildemente á vuestra Grandeza que use de indulgencia con el acusado, no hiriéndole por la sentencia que pronuncie contra él, ni en su persona ni en sus bienes."

Edificado el Obispo de oírle pedir gracia para un hombre del cual tenia tanto porque quejarse, prometió atender á su recomendación, y añadió que le volvía la entera libertad para hablar. "Vosotros sabeis, pues, dijo entonces la virgen, y yo daría voluntariamente mi vida en testimonio de los hechos que voy á afirmar, que Jesucristo mi Dios, se me ha aparecido aquí corporalmente, bajo la forma de un niño pequeño clavado en una cruz. Ésta cruz estaba suspendida en el aire junto á mi lecho, y se veían en el divino Crucificado, muy distintamente, cinco llagas rodeadas de una brillante luz. Yo le miraba embriagada con la dicha de su adorable presencia, cuando repentinamente, creyendo que iba á desaparecer, le dije: "Oh, Señor mio, si sois vos en verdad Aquel en quien yo creo, os conjuro que no os vayais sin dejarme una señal que

me asegure que sois vos. Y entónces, bajo la forma de una Hostia, se dignó descender sobre mi lecho. Yo tuve un deseo ardiente de recibir esta Hostia adorable, y supliqué á mi pastor que me la diese en comunión, y él se prestó á mi deseo. Pues si por mucha complacencia por mí, se ha hecho culpable de una debilidad reprobada por las reglas, os suplico á nombre de Dios tan bueno y por la promesa que me habeis hecho, que os digneis perdonarle!"

¿Qué podía negársele á esta admirable virgen? cómo no habria triunfado causa defendida por tan encendida caridad? Así el Obispo, los jueces, todos estaban conmovidos y edificados, renunciaron á seguir la información; y el Cura, gracias á Liduvina, escapó de la inevitable condenación que le amenazaba por su imprudentísima conducta. Mas esta noble venganza tuvo luego su recompensa, pues desde entonces el Cura mostróse cambiado, y reconociendo en Liduvina una santa privilegiada de Dios, decidióse á mostrarle su reconocimiento, apresurándose á servirla y á honrarla en lo sucesivo.

La caridad triunfa de los corazones mucho más que los mismos milagros!